



EL ALPINISTA

Por Ada Albrecht

Se llamaba Doro, provenía de un país de Asia oriental y era geólogo de profesión. Usualmente dictaba cátedras en una universidad. Sin embargo, la gran pasión de su vida era el alpinismo. Tanto era así que en cada una de sus vacaciones solía escalar una montaña diferente. Siempre le había ido bien, siempre... hasta que puso los ojos en una extremadamente alta y de difícil ascenso.

Doro sabía que la montaña que había escogido era realmente un desafío para cualquier alpinista, por más avezado que fuese. Sin embargo, él tenía una vasta experiencia y no le faltaba entusiasmo. De modo que se dijo que lograría triunfar también esa vez. Así pues, comenzó a leer y a documentarse sobre la montaña. Estudió sus diversas laderas, las rutas elegidas por antiguos alpinistas, los posibles peligros y dificultades, etc.

Una vez que tuvo un buen conocimiento sobre el tema y un equipo adecuado, se dirigió hasta la base de la montaña.

Poco después comenzó a escalarla lentamente pero con gran tesón.

Sin embargo... había olvidado algo fundamental: había olvidado apartar al geólogo de su mente. Entonces, lo que sucedió fue que a medida que iba ascendiendo, iba hallando, según pensaba, piedras únicas y de una belleza incomparable, como no las había visto en ninguna otra montaña, y así las iba guardando en una mochila vacía que había llevado especialmente para tal fin.

¿Y qué ocurrió entonces? Lo que era de esperar: el pobre Doro no llegó muy lejos en su afán de escalar la montaña. Demasiado apegado a las piedras que veía, las cargaba en su mochila; y como día a día pesaban más, día a día sus fuerzas se debilitaban, de modo que, en vez de deshacerse de ellas, se deshizo de su interés por la montaña, terminando por apartar de sí todo anhelo de escalarla. Así pues, descendió con las piedras recogidas y regresó a su universidad.

Durante los años siguientes Doro habló una y otra vez acerca de ese fallido intento de escalar la montaña. Le dolía no haberlo hecho, pero se consolaba pensando en las piedras que había traído. Al principio, ellas eran un grato recuerdo para su corazón, mas con el tiempo, su sentimiento hacia ellas fue cambiando. Finalmente, terminó por aborrecerlas,

pues siempre que las veía, recordaba la cumbre a la que no había podido llegar...

* * *

Este es un simple cuento, pero... ¡cuánto de nosotros mismos tiene el buen Doro! Como nos dice el *Sûtra*, al ser humano le cuesta apartarse de sus apegos, le cuesta abandonar los hábitos y las “mochilas” cargadas con nuestras queridas “piedras”... Sin embargo, eso no es lo más dramático; lo más dramático es que por causa de ellas nos olvidamos de la Cumbre: el Sagrado Dios-Uno. Y abrazados a nuestros tesoros de viento, perdemos todo anhelo de volver a intentar el sagrado viaje hacia la Luz. La caída es terrenal; el intento es Divino. Hay una extraña Fuerza Celeste que sostiene al hombre perseverante, para que llegue a la Meta. Nunca debemos decir “soy pequeño, no puedo, no tengo fuerzas”. A Dios no le importa nuestra pequeñez o nuestra debilidad. A Dios le importa sólo una cosa: nuestro Amor por Él. Ni siquiera le importa nuestra Fe. A Él le importa nuestro Amor... Sólo le importa nuestro Amor...

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
